

“De cuerpos, lenguajes y fricciones”.
En torno a *El conflicto entre la letra y la escritura,*
de Cecilia Sánchez

(Fondo de Cultura Económica, Santiago : 2013)

Kemy Oyarzún
Universidad de Chile

¿Cuál es la materia lingüística de espectros y desaparecidos? ¿Se trata de metáforas, metonimias o signos jeroglíficos en obstinada latencia? He aquí algunas de las interrogantes que cruzan el texto que Cecilia Sánchez escribe en torno a hablas invocadas y convocadas, signos latinoamericanos que, en su hipótesis de lectura, se hallan en persistente acoso de desaparición. Me refiero a *El conflicto entre la letra y la escritura. Legalidades/contralegalidades de la comunidad de la lengua en Hispano-América y América Latina* que el Fondo de Cultura Económica publica en 2013, a cuarenta años del Golpe Militar. La escritura crítica se presenta en forma de un palimpsesto de capítulos que recorren una amplia gama de relecturas literarias y filosóficas. Así, textos de Diamela Eltit y Elvira Hernández, de Andrés Bello, José Sarmiento o José María Arguedas, son resignificados a partir de lecturas de Hegel y George Bataille, de Simone de Beauvoir o Hannah Arendt.

Históricas tensiones entre una gramática insistente del orden y una turbulenta retórica de la pasión escenifican los bordes movedizos de un *corpus* de relecturas críticas que la autora reúne en torno a ensayistas, poetas y narradores de Nuestra América desde mediados del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Cecilia Sánchez recorre una amplia gama de géneros discursivos latinoamericanos en contrapuntos filosóficos, delineando las versiones y subversiones de una lengua trasplantada en las múltiples formas de apropiación y desapropiación de mediados del siglo XIX al siglo XX. El propio nombre del espacio estará en cuestión y diríamos que lo está a la *letra: Indo América, Hispanoamérica, Nuestra América, Latinoamérica*. Las

lenguas en subalterno han ostentado diversos nombres: “bárbara” en Sarmiento, “popular” o “babélica” en Bello, “disidente” en Roa Bastos, “arbitraria” en Darío, “fantasmal” en Rulfo, “sertenera” en Guimaraes Rosa, “suicida” en Arguedas. Para fines del siglo XIX, el lenguaje utilitario del positivismo sajón habrá cedido ante una escritura inútil, rezagada del principio de rentabilidad comercial. La figura del palimpsesto viene obviamente a mente, un palimpsesto de indudable espesor reflexivo, inquietante e interdisciplinar. Nuestra propia lectura del texto de Cecilia Sánchez se va izando sobre el trapezio de los cuarenta años del Golpe Militar, agudo trabajo de duelo y desnaturalización de la mirada histórica que lo recorre. El vínculo entre marcas espectrales e historia, tras la experiencia de los desaparecidos del período de la dictadura militar en Chile, da cuenta de la tensión entre el Estado moderno, caracterizado por el “cuerpo de letra”, y la imposibilidad de consignar lo ocurrido más allá de un balbuceo que posibilite superar los olvidos y blanqueos.

El trazado del texto coincide hacia la última parte con el reconocimiento de un “espectro” inaugurado por el registro fantasmático de Comala en el análisis de *Pedro Páramo*, novela escrita por Juan Rulfo en 1957. ¿Qué tipo de escena es este duelo? —interroga la autora. Y se responde a modo de seña meta escritural: “puede decirse que una memoria cuando es póstuma no busca comunicar algo, emite signos elípticos que es preciso descifrar” (p. 135). Ha elegido bien: en *Pedro Páramo* la muerte está escrita en el Nombre del Padre. Aquí, lo que comparece como “marca” es irónicamente una aparente “falta de marca”. La escena del parricidio final del texto de Rulfo remite a Cecilia Sánchez a un temprano fragmento de Hegel publicado póstumamente por el filósofo en 1907. Allí, nos recuerda la autora, Hegel propone el castigo como “destino”, retorno de un poder extraño producido por el mismo transgresor. Para graficar la imposibilidad cultural de la muerte, Cecilia Sánchez reflexiona sobre el texto en el que Hegel examina la aparición del fantasma de Banquo en *Macbeth* de Shakespeare. La ilusión del asesino es desmentida cuando Banquo, pese a haber sido despojado de su cuerpo inicial, “reaparece en escena” como fantasma para enfrentar a su agresor. Así, escena y crimen, ausencia y presencia, se convierten en ley que ninguna forma de negación del cuerpo podría hacer desaparecer porque la carencia de vida es convertida en poder, “herida o huella que retorna” (p. 275).

Para Cecilia Sánchez, Hegel asegurará que la carencia se convierta en fragmento de una totalidad perceptible, precisamente porque enuncia su falta. La aparición fantasmática gatillará la búsqueda de la re-unión de lo que fue separado, retorno de la herida, ablación provocada por el agresor. Sin embargo, a diferencia de esa fantasmática hegeliana, las escrituras analizadas hacia el final del libro de Cecilia Sánchez posibilitan rememoraciones espectrales no totalizantes, fragmentos o restos despojados de sentido y sobre todo de utilidad. El estudio traslapa parte esa matriz a Latinoamérica, aquí donde los cuerpos y las lenguas que retornan en la escritura han sido desplazados por diversas formas de violencia a través de la historia y la lengua. Es entonces que, para Cecilia Sánchez, aquellos excedentes de la lengua que no han sido incorporados al espacio político de la comunidad; circulan como residuos fantasmales, objetos perdidos que, por su condición de pérdida, se transmutan en fantasmas para retornar como poemas, narraciones o novelas, textos que han quedado fuera de la Ley y del discurso letrado, proliferando en la “patria soñada” de las escrituras.

Aquí ni las huellas, en tanto excedentes de lenguaje, ni las marcas tipográficas, resucitan o desaparecen, metonimias que para la autora se convierten en “madres memoriosas” de todas las musas. No habrá entonces cultura sin escritura ni huella. Lo mudo habla, pero habla de *forma muda*, opaca; esto es, en el decir de Sánchez, en forma de murmullo. Lo fantasmal se desplaza como el propio movimiento de esa historia, en sus ausencias y despojos. Una “boca que no tiene orden ninguno, cosas divagadas”, dirá Guimarães Rosa vía Sánchez, elementos intraducibles, sintaxis dificultosa o “muy trenzada”. Y de Arguedas, insistirá la autora: resto fantasmático capaz/incapaz de decir las dos lenguas. Un mundo mestizo emerge de la crítica, un mundo cuyas estampas se extrapolan a la lengua en la imposibilidad de sintaxis y de integración entre aquellos dos mundos en disputa. Des/escritura dirá entonces Cecilia Sánchez. Falla de archivo. Lenguaje migrante. Escritura póstuma, *fosilizada*, insistirá a ras de *La Amortajada*, de María Luisa Bombal.

¿Cómo hablar del cuerpo en la escritura literaria?--se pregunta hacia el final de su texto, Cecilia Sánchez. A partir de esa interrogante, ella re elabora los espectros literarios como escrituras o lenguajes *prestados* que invocan vestigios ausentes sobre las huellas acumuladas de elementos en pugna, entendiendo en todo momento que una

cosa es la memoria como marca y otra es la narración. Por ello, no busca resucitar un pasado: “la historia que vivimos es una escritura”, nos dice a partir de Octavio Paz. Tampoco pretende darse al culto de los textos. No a *ese* fetiche. De hecho, traslapa los sentidos interrogando, sobre todo, las escenas políticas de la lengua. Por eso se vuelca sobre Pedro Páramo y dice: Comala es la ciudad donde ocurren las apariciones de fantasmas murmurantes... se experimenta un tiempo mnémico que el reloj no puede medir porque ocurre en un inframundo gobernado por el silencio...es una ciudad entera la que exhibe su espectralidad porque parece viva cuando en realidad está muerta (p. 343).

Así, el rastreo escritural del libro de Cecilia Sánchez extrae una memoria interna que desmiente la cultura civilizatoria volcada enteramente al exterior, según la concibieran Sarmiento o Bello en las primeras partes de su libro. A partir del doble movimiento de violencia y resistencia, la autora se vuelca a la transculturación de la escritura tipográfica como elaboración de una memoria póstuma. Emerge entonces la lengua “como susurro, rumor o zumbido... nos hace decir lo que no queremos.. porque somos lenguas en plural.. tejido alambicado en el que se entrecruzan memorias, pasiones, euforias, acentos, ritmos, velocidades, interrupciones” (p. 223).

A diferencia de la hermandad fraterna que Bello vincula a lo viviente y al lenguaje uniforme, en el escrito de Rulfo, la figura del hermano remite a una comunidad de petrificada, a una zona desolada que lleva el nombre del padre. Meta escritural, Pedro Páramo es espejo textual del propio texto que aquí presentamos: Así podemos decir de este libro, lo que Cecilia Sánchez dice de Juan Preciado: que “aprende a re-unir signos flotantes porque capta señales dispersas que lo interceptan en su tránsito por un mundo que le hace experimentar lo que está muerto” (290).

Acojo este importante trabajo de relecturas de Cecilia Sánchez que incita a lecturas cruzadas, al palimpsesto de críticas y críticos, de narraciones y textualidades. Me inquieta la extensa e intensa proliferación de carencias, los espectros teatrales suscitados por su escritura. Son apenas perceptibles los engarces entre enunciados y enunciación, entre historias e historio-grafías. Extraño, un guiño en el gaucho triste, a la “conquista del desierto”, o en Roa Bastos, la referencia a esa inédita guerra de sangre y barro que fue El Chaco. En la lectura de *Pedro Páramo*, queda en suspenso la evanescente perturbación

que para los años 50 era la Revolución Mexicana. Sangre y lengua, tinta y sangre; tinta roja-tinta negra: la articulación de los jeroglíficos mayas. *¿Cómo se engarza, por una parte, el hiper capital y por otra el triángulo edípico?*

Para 2013, cuando apareció este texto de Cecilia Sánchez, nuestro escenario cultural se había llenado de presencias que sitiaron los medios de comunicación con batallas hasta entonces blanqueadas por la impunidad y la desmemoria. Enunciaciones del duelo enunciado, los aparecidos destellaron por las esquinas y las plazas. Papel cortado caía de los edificios y en una ventana allá arriba, una mujer canosa tocaba su cacerola. Las marchas estudiantiles han dejado atrás a los pasos de ganso y la memoria en despojo. Atrás o al lado, más no olvidadas. La distancia entre las voces de los 80 y la justicia poética del país se ha acortado como nunca. Conjuntos deseantes desmontan el ideologema de la familia, el libro/empresa, la educación bancaria, el opaco folletín telenovelesco. Otras culturas se desenganchan de los hegemónicos relatos tradicionales, patriarcales y neoliberales. Un nuevo sujeto colectivo pulsa, insubordinado y paródico, insomne y deseante. Desde estas nuevas presencias leo el texto de Cecilia Sánchez y escucho, atenta las voces rur urbanas, a la calle y sus consignas, a los tatuajes sobre la piel o a los graffiti sobre los muros. Refieren a subjetividades creadoras, reinventan realidades y relaciones, sujetos e identidades, lenguas y escritura en demanda de estructurales transformaciones. Esas búsquedas expresivas, poéticas y políticas, deseantes y evanescentes, potencian nuevos engarces de cuerpos y texturas, desafíos a la Letra y a las culturas patriarcales del híper capital. A ese enjambre textual y viviente se suma *El conflicto entre la letra y la escritura* de Cecilia Sánchez, que Fondo de Cultura Económica ha tenido a bien publicar.